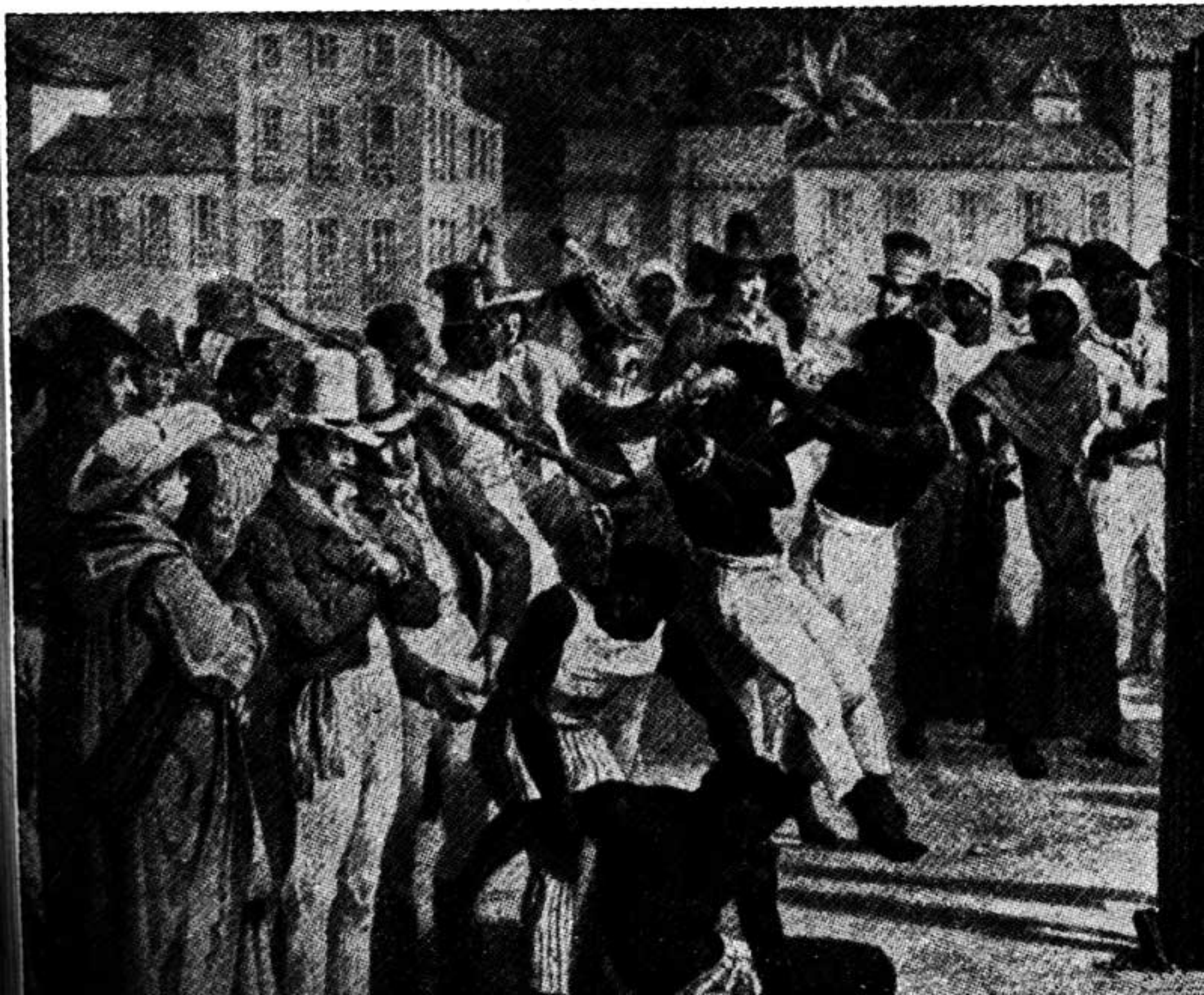


Esclavitud y poesía: Vida y obra de Juan Francisco Manzano

Cuando la historia se convierte en cementerio y los historiadores devienen en sepultureros, es cosa de ponerse a pensar que algo anda mal por estos lados. Un hombre es mucho más que una vil ficha policiaca y el hecho histórico va siempre más allá de la mera apariencia; pero en esas nos hemos quedado: de padrecitos de la patria y crónica mezcla de nota roja y de sociales, se ha hecho la historia de nuestros países. Sepultureros de la vida, el papel de los historiadores se ha reducido, como dijo Fanon, "a examinar piezas o comparar sarcófagos"; y esto, cuando no han terminado en peores cosas.

La esclavitud —se dice— es cosa del pasado; sinnúmero de documentos lo proclaman, y no hay quien ponga en duda tan serios testimonios. Los historiadores menos; colocados —al igual que todos los trabajadores intelectuales en nuestro medio—, entre la honradez y el salario, escogen —claro que hay excepciones, y don Luis Chávez Orozco fue una de ellas—, esto último. Y cobrar quiere decir guardar silencio; de aquí, esa función "pasteurizante" de la historia: librar de gérmenes impuros todo aquello que pueda enturbiar la paz de esa enturbiada realidad en que estamos sumidos. El que treinta tarahumaras —o cinco, según se reconoció en fuentes poco menos que oficiales— mueran diariamente de hambre, no es, para esos exhumadores de tumbas, ni esclavitud ni nada, ni materia que a ellos les compita. Su oficio es contar muertes y callarse la boca, y bien lo cumplen. Luego redactarán, en fina prosa, relación de difuntos, transformándose en cuadro de estadística lo que fue y lo que es honda tragedia.

A lo largo de la vida de Juan Francisco Manzano podrá notarse una cons-



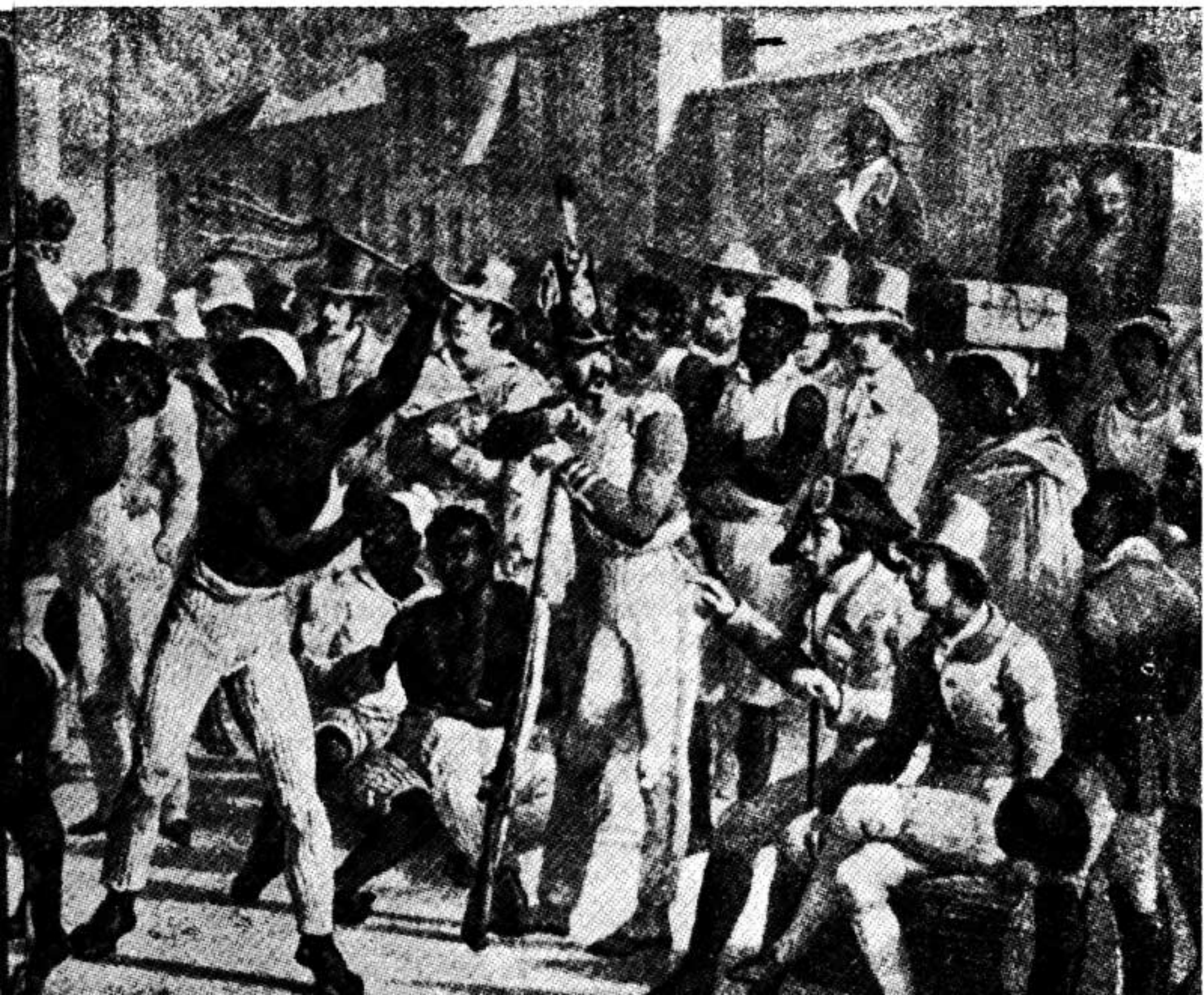
tante: el miedo, la sumisión que a veces llega hasta a indignarnos, ante el poder tremendo que se alzaba a su frente. La lección es aún viva para nosotros, porque delante tenemos no sólo y todavía, al esclavismo con todos sus horrores, sino también al miedo, eso que empieza por cerrarnos la boca, y acaba por hundirnos —de testigos cobardes o de cómplices, que vienen a ser lo mismo. Y la historia no puede ser ni lo uno ni lo otro; menos aún, los que la escriben, que a ellos les toca parte activa. Que quienes la hacen son los pueblos, y a ellos nos debemos.

La *Autobiografía* de Manzano queda, pues, como lección viva y trozo de pellejo; sirva esto de algo, ahora que está tan a la moda y es tan elegante hacerlas sin decir nada. Un hombre debe contar su vida cuando detrás de ella queda algo, y algo que valga y merezca ser contado; que lo demás —esto de ahora—, no es sino tristísima ilación de vagidos.

Una última cosa, y no es disculpa. Se ha hablado mucho —demasiado—, de la incomunicación que priva en nuestros países. Haciendo a un lado discursos y oraciones condenatorias —totalmente inútiles, y buenas sólo para justificar el salario que reciben ciertos amos de la cultura—, esto es, por desgracia, terriblemente cierto; mucho más en el caso de Cuba, aislada justamente porque ha venido a romper esa historia mortuoria en que estamos yaciendo, y que a tantos conviene. Muchos materiales no han podido llegar a mis manos por esa causa: algunas cosas, pues, se quedarán a oscuras en lo que a fechas y datos históricos respecta. De lo demás, me hago yo el único responsable.

No en balde he citado el nombre del maestro Luis Chávez Orozco, recientemente muerto, como ejemplo de hombría. Ojalá que muchos siguieran sus pasos.

Jorge M. Rojas





En mayo de 1791, en escrito dirigido a los "Nobilísimos Cosecheros de Azúcar, Señores Amos de Ingenios", el padre José Agustín Caballero les recuerda "con harta sensibilidad que en nuestros ingenios hay unos calabozos, y en ellos un cepo donde ponen a los negros de prisiones para que pasen la noche, y evitar por este medio su fuga"; añade, más abajo, que no está en su ánimo "hacer una descripción patética y horrible de estos calabozos, ni poner en uso coloridos sangrientos, para pintarlos más crueles que mazmorras de mahometanos..." Agrega, sin embargo, que "cuando he visto a estos miserables que después de haber sufrido el peso del día, haraposos, encadenados, y tal vez hambrientos, bajan la escalerilla de la casa de molienda para entrar en su prisión, no he podido menos que volver el rostro por no mirarlos, horrorizado..." Pero el carácter de los esclavos, y hasta aquí llega el paternalismo del presbítero —"indócil, suspicaz, infiel, recalcitrante", son los adjetivos que les acomoda—, exige que se les castigue: "Si yo dibujase la inflexibilidad de ellos, veríamos si necesitan grillos, cepos, azotes..." Propone, pese a todo, algunas reformas, y da para ello buenas razones: encerrados en esas prisiones, "es forzoso acorten la vida de los esclavos, o la hagan muy trabajosa, lánguida, enervada. ¿Y qué resulta?..." Las enfermedades —dice— "acaban con ellos, y nuestro dinero".¹

Por el padre Caballero hablaba una clase en ascenso: "la burguesía criolla de hacendados y fabricantes de azúcar (que) comienza a intervenir en los negocios públicos".² No en vano el padre Caballero llama a esos hacendados "los varones más útiles al Estado y a la Patria de toda la Isla..., los que mantenéis el Comercio de la Havana, y dais movimiento a la rueda mercantil de exportación e importación...",³ síntoma claro de la importancia y el poder que esa clase estaba adquiriendo. Dos años antes de escrito lo anterior, por Real Cédula de 1789, se autorizó la libertad de la trata de esclavos, obteniendo de este modo los hacendados la mano de obra necesaria para el fomento y desarrollo de los plantíos de azúcar. A partir de aquí, se inicia en Cuba el desarrollo impetuoso, y que marcará su órbita económica hasta nuestros días, de la industria azucarera, con el agravante de que ésta, ya en nuestro siglo y hasta 1959, pasó, en forma poco menos que total, a poder de los grandes monopolios norteamericanos.

La "más noble y selecta porción de esta República", como denomina el padre Caballero a los hacendados, los que "con vuestra industria, inmensos gastos y sudores de muerte cubrís de exquisitos dulces y sabrosos caramelos las mesas de la Corte",⁴ no se dieron por enterados de las fuertes razones que movían al presbítero al dirigirse a ellos de esa manera; no entendieron —y ésta es una característica de las clases poseedoras, en estas tierras en que el subdesarrollo económico termina en un subdesarrollo mental digno de lástima: no entender nunca nada, ni siquiera aquello que les conviene—, el razonamiento del padre Caballero: los malos tratos, el exceso de trabajo y la falta de cuidados oportunos, acaban rápidamente con la mano de obra — los esclavos. El resultado de esto, dice el presbítero: "Que esos brazos menos tiene la Agricultura, el Comercio, la Población, y esa plata más a los extranjeros (los traficantes negreros); porque a proporción de los que mueren o se inutilizan, que es más de lo que se piensa, necesitamos nuevas colonias de armazones, al paso que

cuidándolos, curándolos oportunamente, no agobiamos demasiado con el trabajo a los que entran (y) tendríamos al cabo un surtido de negros capaz de talar los campos, cultivarlos y construir la azúcar de modo que por cálculo exacto llegaría tiempo, y no muy tarde, que no necesitáramos traerlos de la Costa de África, o serían mucho menos".⁵ Pero el padre Caballero había hablado en el peor de los desiertos: el de la estupidez. Clase en ascenso —con la falta de visión que, desde la Independencia, ha sido inherente a las seudoburguesías americanas, llegadas al poder de modo casi gratuito—, a los hacendados les importaba sólo la ganancia inmediata; no vieron, como no ven ahora, más allá de sus narices. Ni el recordarles que "el amor a nuestros semejantes es la mayor y más favorecida de nuestras virtudes", sirvió para que los "Nobilísimos..." —aunque, eso sí, muy cristianos— hacendados, le hicieran caso al padre Caballero e intentaran poner en práctica las reformas que, por lo demás, eran muy simples e incapaces de alterar el orden establecido, y que se reducían a esto: a la desaparición de los calabozos; en lugar de ellos, dice el padre: "...os suplico coloquéis un cepo fuerte en parte ventilada para que duerman seguros los presos."⁶ Como se ve, bastante sencillo; pese a esto, y curándose en salud, el presbítero aclara que "al mismo tiempo que proscribo (la práctica como castigo del cepo en los esclavos) me guardo de no acreditar con mi pluma las imposturas que se han elevado a la Corte representándonos más crueles con los negros, que con los cristianos los enemigos antiguos del nombre de Jesús". Aquí se quedó corto el padre Caballero. En 1839, narrando sucesos acaecidos treinta años antes, fue escrito este desgarrador documento:

Sufria p^r. la mas leve maldad propia de muchacho, enserrado en una carbonera sin más tabla ni con q^e. taparme mas de beinte y cuatro oras yo era en extremo medroso y me gustaba comer como se puede ber todavia en lo mas claro de medio dia se necesita una buena bela p^a. distinguir en ella algun objeto aqui despues de sufrir resios azotes era enserrado con orden y pena de gran castigo al q^e. me diese ni una gota de agua, lo q^e. alli sufria aquejado de la ambre y la sé, atormentado del miedo, en un lugar tan soturno como apartado de la casa, en un traspatio junto una caballeriza, y un apestoso y ebaporante basurero, contigua a un lugar comun infesto umedo y siempre pestifero q^e. solo estaba separado p^r. unas paredes todas agujereadas, guarida de diformes ratas q^e. sin sesar me pasaban p^r. en sima...⁷

Su autor, Juan Francisco Manzano, nació esclavo, en La Habana, en agosto de 1797, y esclavo vivió hasta 1837 en que, por suscripción, fue comprada su libertad en \$ 850.00. Aprendió, por sí solo, a leer y escribir, y el 1821 —previo permiso, pues a los esclavos no les estaba permitido hacerlo—, publica sus *Poesías líricas*, más conocidas bajo el nombre de *Cantos a Lesbia*;⁸ en 1835 contrae matrimonio con Delia, una pianista mulata a la que dedica uno de sus mejores poemas "La música", y meses más tarde, al leerse su soneto "Mis treinta años" en la tertulia literaria de Domingo del Monte, causa tal impresión que éste, e Ignacio Valdés Machuca,⁹ inician la suscripción que debía darle la libertad; libertad bastante relativa, pues, para sobrevivir, se vio obligado a desempeñar los más humildes trabajos, de cocinero un día y de cochero el otro, en medio de la hostilidad de la sociedad habanera; no obstante esto, continúa publicando con cierta periodicidad su obra poética hasta 1842, en que aparece *Záfira*, tragedia en cinco actos, primero y único ensayo dramático que intenta. Diez años antes, más o menos, había escapado de manos de su dueña, la marquesa de Prado Ameno, al no soportar los malos tratos de que era objeto.

En 1844, durante la llamada conspiración de La Escalera,¹⁰ es detenido y puesto en prisión; al ser liberado, un año más tarde, su vida fue un descenso continuo; sólo el silencio —no escribió ya nada—, lo acompañó hasta su muerte en 1854. Su *Autobiografía* escrita por iniciativa de Domingo del Monte hacia 1839, es un vívido y lacerante documento sobre el esclavismo, escrito por alguien que ha sufrido en carne propia sus rigores —y esto no es mera frase. En carta a del Monte, de junio de 1835, hablando de su vida, le dice:

...un cuadro de tantas calamidades, no parese sino un abultado protocolo de embusterias, y más desde tan tierna edad los crueles azotes me asian conoser mi umilde condision; me abochorna el contarlo, y no se como demostrar los hechos dejando la parte mas terrible en el tintero, y ojalá tubiera otros hechos con q^e. llenar la historia de mi vida sin recordar el esesivo rigor con q^e. me ha tratado mi antigua ama...

y, más abajo, agrega:

...idos preparando p^a. ber a una debil criatura rodando en los mas graves padecimientos entregado a diversos mayores siendo sin la menor ponderasion el blanco de los infortunios, temo desmereser en su apresio un sientto por sientto, pero acuerdese smd. cuando lea q^e. yo soy esclavo y q^e. el esclavo es un ser muerto ante su señor... consideradme un martir y allareis q^e. los infinitos azotes q^e. ha mutilado mis carnes aun no formadas, jamas embiliseran a vuestro afectisimo siervo... (p. 84.)

La degradación, hasta extremos difíciles de concebir, a que puede llegar la mentalidad esclavista (en nuestros días quedan, por desgracia, demasiados ejemplos de ello), se ensañó, aunque no, desde luego, como caso único y aislado, con Manzano; la que fuera su segunda dueña, la marquesa de Prado Ameno, símbolo de la corrupción de una clase social en agonía antes de haber nacido, llevó su crueldad —afirmación, en últimas, de su propia negación— a grados como éste: acusado, en cierta ocasión —infundadamente, según se comprobó más tarde— de la pérdida de un pollo, la marquesa —oigámoslo con sus propias palabras:

...me llamó... y mandóme q^e. fuese en casa del mayoral y le dijese q^e. se yo q^e. cosa aquello me dio mal ajo se me oprimió el corazón y fui temblando, como yo estaba acostumbrado p^r. lo regular a irme a entregar yo mismo de este modo iba reseloso llegue a la puerta... dile el recado y asiendose sordo me dijo entra hombre... le ovedesi, iba a repetir el recado cuando el Sor Dominguez q^e. asi era el apellido (del mayoral) del ingenio me cojio p^r. un brazo disiendo ami es a quien el busca, sacó una cuerda de cañamo delgada me ató como a un fasineroso montó a caballo y hechandome p^r. delante me mandó correr y nos alejamos de aquellos contornos... nos abiamos alejado como un cuarto de legua cuando fatigado de correr delante del caballo di un traspies y cai no vien avia dado en tierra cuando dos perros o dos fieras q^e. les seguian se me tiraron en sima el uno metiendose casi toda mi quijada isquierda en su boca me atrabesó el colmillo asta encontrarse con mi muela el otro me agugereo un muslo y pantorrilla isquierda todo con la mayor boracidad y prontitud cuyas sicatrises estan perpetua a pesar de 24 años q^e. han pasado...

El especimen apellidado Domínguez bajó entonces del caballo; separó a los perros, dióle un jalón a Manzano, "hechando una retaila de obcenidades", jalón que "me decollunto el brazo derecho del q^e. aun no he sanado p^r. q^e. en tiempos rebuelto padezco en el siertos dolores como gotoso" y, en ese estado, lo hicieron caminar de regreso a la hacienda; ya alli, y con solo una curación superficial,¹¹ fue enviado al cepo; por la noche:

...me saco al medio un contramayoral y el mayoral y sinco negros me rodean a la vez de tumba dieron conmigo en tierra sin la menor caridad como quien tira un fardo q^e. nada siente una cada manos y pieses y otro sentado sobre mi espalda se me preguntaba por el pollo...

del cual Manzano no tenía la menor idea, así:

...yo no sabia q^e. desir pues nada sabia sufri 25 azotes disiendo mil cosas diferentes pues se me mandaba desir la verdad y yo no sabia cual me paresia q^e. con desir q^e. me lo abia urtado cumplia y sesaria el azotar pero ro abia de desir q^e. abia

hecho con el dinero y era otro aprieto dige q^e. compré un sombrero ¿donde esta? era falso dige que compre sapatos no ubo tal dige y dige y dige tantas cosas p^r. ber con q^e. me libraba de tanto tormento... (p. 54.)

El castigo se repitió, en igual forma, durante nueve días y, al cabo de cada uno de ellos, era enviado, de madrugada, a trabajar en el campo. Ni más ni menos, que como hacían "con los cristianos los enemigos antiguos del nombre de Jesús", al decir del padre Caballero; pero aquí eran los cristianos los que, látigo en mano y padre nuestro a un lado, se encargaban de dejar bastante empequeñecidos a esos "antiguos enemigos", con los que el presbítero tanto cuidaba mantener distancias.

Fernando Ortiz, en su libro *Hampa afro-cubana*,¹² ha reconstruido los diversos métodos disciplinarios ejercidos contra los esclavos; hasta qué grado de "refinamiento" descendieron los esclavistas, se verá según esto. El castigo más usual —dice Ortiz— "era el de los azotes. Era el de ejecución más fácil, más ejemplar, menos costoso para el amo. Era también legal, reconocido por el derecho... El efecto de los azotes era horriblemente doloroso. La 'cáscara de vaca'¹³ arrancaba en tiras el pellejo del esclavo, marcándolo con listas de sangre que luego perduraban como verdugones y cicatrices. La sangre manaba en abundancia y, por lo general, los azotes terminaban en una forzada reclusión en la enfermería". Y ya hemos visto —nota 11— las "mazmorras de mahometanos" que eran, en verdad, las tales enfermerías destinadas a los esclavos.

De acuerdo con el gusto y la depravación de amos y mayorales, de los simples azotes se pasó a variantes más complejas; así, en el "boca-abajo llevando cuenta" el castigado era obligado a llevar la cuenta de los azotes que recibía; "un error —dice Fernando Ortiz— significaba recomenzar la pena, que, por ser tal error cosa harto explicable y natural, se convertía en una flagelación sin duración realmente predeterminada que dependía del arbitrio del mayoral o de los contramayorales azotadores". Aún había más, pero esto sí para espíritus realmente selectos: "La flagelación solía agravarse..., pues so pretexto de curar las heridas causadas por la 'cáscara de vaca', el mayoral ordenaba que fueran untadas aquellas con un inmundo menjurje compuesto con jorines, aguardiente, sal, tabaco o pimienta!"¹⁴ Casos hubo —lo refiere Anselmo Suárez y Romero—¹⁵ en que a esa mezcolanza se le llegó a añadir polvo de "pica-pica" y de "ajíguaguao", dos variedades de chile excesivamente picantes.

El malhadado pollo que ocasionó a Manzano los atroces sufrimientos por él mismo narrados, apareció días más tarde, pero ya digerido: Dn. Manuel Pipa, mayordomo de la hacienda, se lo había despachado en opíparo almuerzo, sin siquiera enterarse —al menos eso es lo que declaró— de que era el pollo que todos andaban buscando, y por el cual un hombre estuvo a punto de dejar el pellejo en el cepo.

A la luz de estos hechos que conformaron su ámbito, puede entenderse mejor la amargura y la cerrazón a toda posibilidad de cambio, que integran, junto con sus indudables valores formales, en admirable síntesis de su vida, el soneto "Mis treinta años":



Cuando miro el espacio que he corrido
desde la cuna hasta el presente día,
tiemblo y saludo a la fortuna mías
más de terror que de atención movido.

Sorpréndeme la lucha que he podido
sostener contra suerte tan impía,
si tal llamarse puede la porfía
de mi infelice ser al mal nacido.

Treinta años ha que conocí la tierra;
treinta años ha que en gemidor estado
triste infortunio por doquier me asalta;

mas nada es para mí la cruda guerra
que en vano suspirar he soportado,
si la comparo, ¡oh Dios!, con lo que falta. *

No hay rebelión, ni siquiera esperanza; sólo el convencimiento de que delante no tenía sino el mismo horizonte, el mismo camino recorrido que iba a repetirse, los mismos pasos caminando sobre las mismas huellas tantas veces seguidas: el calabozo, el cepo y los azotes. No es él, además, como persona, el que habla; es él como "objeto". Recuérdese su carta a del Monte, ya citada: "yo soy esclavo y... el esclavo es un ser muerto ante su señor..." Esto es, en el plano de la conciencia, un "objeto", algo que se mueve, que come y que sufre, sin tener certeza de sí mismo. "Es lo malo con la servidumbre —dice Sartre en el prefacio a *Los condenados de la Tierra* de Fanon—: cuando se domestica a un miembro de nuestra especie, se disminuye su rendimiento y, por poco que se le dé, un hombre de corral acaba por costar más de lo que rinde. Por esa razón los colonos se ven obligados a dejar a medias la domesticación: el resultado, ni hombre ni bestia, es el indígena." ¹⁶ Aquí está todo: el factor económico y el factor humano —o des-humano. Ni hombre ni bestia: algo intermedio, amorfo.

Y no se diga que la marquesa de Prado Ameno, al ensañarse como lo hizo con Manzano, era tan sólo un caso aislado de sadismo o de histeria: eso sería burda disculpa. El valor de la *Autobiografía* radica, justamente, en que nos mete de cabeza en todo lo que de asqueante tiene el sistema; sin proponérselo, Manzano dejó en ella, la más honda y sombría disección del esclavismo, en documento de primera mano. Sin proponérselo, digo, porque la misma falta de conciencia crítica ya señalada, tenía que impedirle el que asumiera una posición definida —esto es, activa—, ante el problema. Su vida "está" meramente "dicha", "narrada", dando, a veces, la impresión de ser sólo un reflejo de situaciones a las que se asiste casi como espectador; aceptación, en fin, fatalista (no era posible de otra manera), de esa realidad que aparece como "dada", sin que el sujeto —Manzano, en este caso—, tenga, o pueda ver ante sí, medios para modificarla, sustituyéndola por otra.

Está, además, el miedo, la certeza del miedo como algo —lo único, real y palpable, que está por delante cerrando el camino: "tiemblo, no p^r. lo pasado, sino p^r. lo q^e. misteriosamente aun queda en la urna del destino; un Ingenio, un fustaso, esto tiene p^a. mi sierto grado tan imponente q^e. su idea sola me estre-mese..." (p. 81) También, claro, está, la idea de ser libre, "q^e. p^r. un prinsipio natural tiene (propensión) todo hombre esclavo a su rescate", dice el propio Manzano; pero esta idea de libertad, por "principio natural", no se concretiza, quedando así como mero deseo, súplica casi y no acto conciente. Como única salida le quedó a Manzano la de la huida —más acto de desesperación que signo

* En la versión que del soneto da José Lezama Lima (*Antología de la poesía cubana*, t. II, p. 375), el último verso del segundo terceto, aparece con la siguiente variante: "Si la calculo ¡oh Dios! con la que falta.

de rebeldía—, la escapada de la hacienda de la marquesa de Prado Ameno. Y toda huida, empieza y termina, justamente en el miedo: lo único, lo real y palpable que tenía por delante.

No conocemos con detalle su vida posterior, pero es fácil imaginarla: miseria y miedo, y trabajo extenuante y miedo, y soledad y miedo. Luego de su salida de la cárcel, en 1845, la derrota, aplastado por una sociedad corrupta y envilecida, y el silencio: un hombre aniquilado física y moralmente, que atrás de sí dejaba una obra de alcances humanos ahora inapreciables.

Los primeros años de la vida de Manzano —únicos que pueden llamarse felices—, transcurrieron en casa de los marqueses de Jústiz y Santa Ana, llevando, como era costumbre, el apellido de su amo, don Juan Manzano. Sus padres, María del Pilar y Toribio Castro, eran esclavos en la misma casa, y allí contrajeron matrimonio bajo el cuidado de la marquesa que “el día q^e. se quería alguna (de sus sirvientas) casar, como fuera con algun artesano libre, le daba ella la libertad en donasⁿ. equipandola del todo como si fuese hija propia sin q^e. perdiese p^r. esto todo el favor y proteccion de la casa . . .” (p 34) lo que hace suponer, junto con otros testimonios del propio Manzano, que la marquesa era un caso excepcional de humanidad en ese medio degradado.

Nacido Juan Francisco cuando ya la marquesa ¹⁷ era “señora de edad, me tomo como un genero de entretenimiento y disen q^e. mas estaba en sus brazos q^e. en los de mi madre . . .” Para él, fueron esos días de juego y alegría “entre la tropa de nietos de mi señora y algo mas vien mirado de lo q^e. meresia . . .”, hasta dirigirse a la marquesa llamándola “mama mia”. Años más tarde, al escribir su *Autobiografía*, y recordando esos distantes años, dirá en frase plena de nostalgia y lejanía, que “. . . ahora voi corriendo por un jardin de bellisimas flores una serie de felisidades”; y esto, dicho cuando ya el fute le había quebrado cuerpo y alma, suena triste; triste, por aferrante a ese pasado en el cual vislumbró —y esto le debe haber quedado fijo y doloroso en la memoria—, los únicos destellos de una vida humana.

A la edad de seis años “p^r. demasiado vivo se me embió a la escuela en casa de mi madrina de bautismo trinidad de Zayas”. No fue, desde luego, mucho, lo que pudo aprender en ese tiempo: “Tenia ya dies años cuando instruido en todo cuanto podia instruirme una mujer por lo q^e. hace a relijion todo el catesismo lo daba todo de memoria como casi todos los sermones de Frai L (uis) d (e) G (ranada) . . .” De leer y escribir, cuando mucho, lo más elemental y, según veremos más adelante, ni esto siquiera. Si en nuestros días pasa casi lo mismo, calcúlese lo que sería en una sociedad pacata y casi analfabeta como aquélla, y con una maestra —igual que ahora— más necesitada de que la enseñaran que de cualquier otra cosa.

De dar “de memoria los mas largos sermones de Frai Luis de Granada (ante) el numeroso concurso q^e. visitaba la casa en q^e. nascí”, pasó Juan Francisco a tomar las primeras lecciones del oficio de sastre, en la ciudad de La Habana. Por esos días, y en su hacienda de El Molino, falleció la marquesa Jústiz de Santa Ana, la “bondadosisima señora fuente inagotable de gracias”, como él la llama. Del suceso:

. . . solo me acuerdo q^e. . . la vi tendida en una gran cama q^e. grite y me llebaron al fondo de la casa donde estaban las demas criadas enlutadas en la noche toda la negrada de la asienda sollosando resaron el rosario yo lloraba a mares y me separaron entregandome a mi padre. (p. 36.)

De esta muerte, parte la “verdadera istoria de mi vida —son palabras de Manzano—, en q^e. empesó la fortuna a desplegarse contra mi hasta el grado de mayor encarnizamiento como beremos”; así, con la de la marquesa de Santa Ana, llega la muerte, pero lenta, atroz y despiadada, también para Manzano.

Casi al comienzo de este trabajo, “enserrado (en una cárcel) con orden y pena de gran castigo al q^e. me diese ni una gota de agua”, conocimos a Manzano; ya

era el "objeto" propiedad de su segunda dueña, la nobilísima marquesa de Prado Ameno, a cuyo poder pasó cuando tenía doce años. En aquella mazmorra, niño al cabo y ya con la imaginación —inicios de su materia poética— desbordada, al daño físico causado por las bárbaras golpizas a que era sometido, venía a unirse el terror mental que aquella soledad de la prisión a oscuras —"en lo mas claro de medio día se necesita una buena vela p^a. distinguir en ella algun objeto"—, le imponía:

...yo tenía la cabeza llena de los cuentos de cosa mala de otros tiempos, de las almas aparecidas en este de la otra vida y de los encantamientos de los muertos, q^e. cuando salían un tropel de ratas asiendo ruido me paresia ber aquel sotano lleno de fantasmas y daba tantos gritos pidiendo a boses misericordia entonses se me sacaba me atormentaban con tanto fueite hasta mas no poder y se me enserraba otra vez guardandose la llabe en el cuarto mismo de la Sra... (p. 38.)

Y, sobre lo mismo:

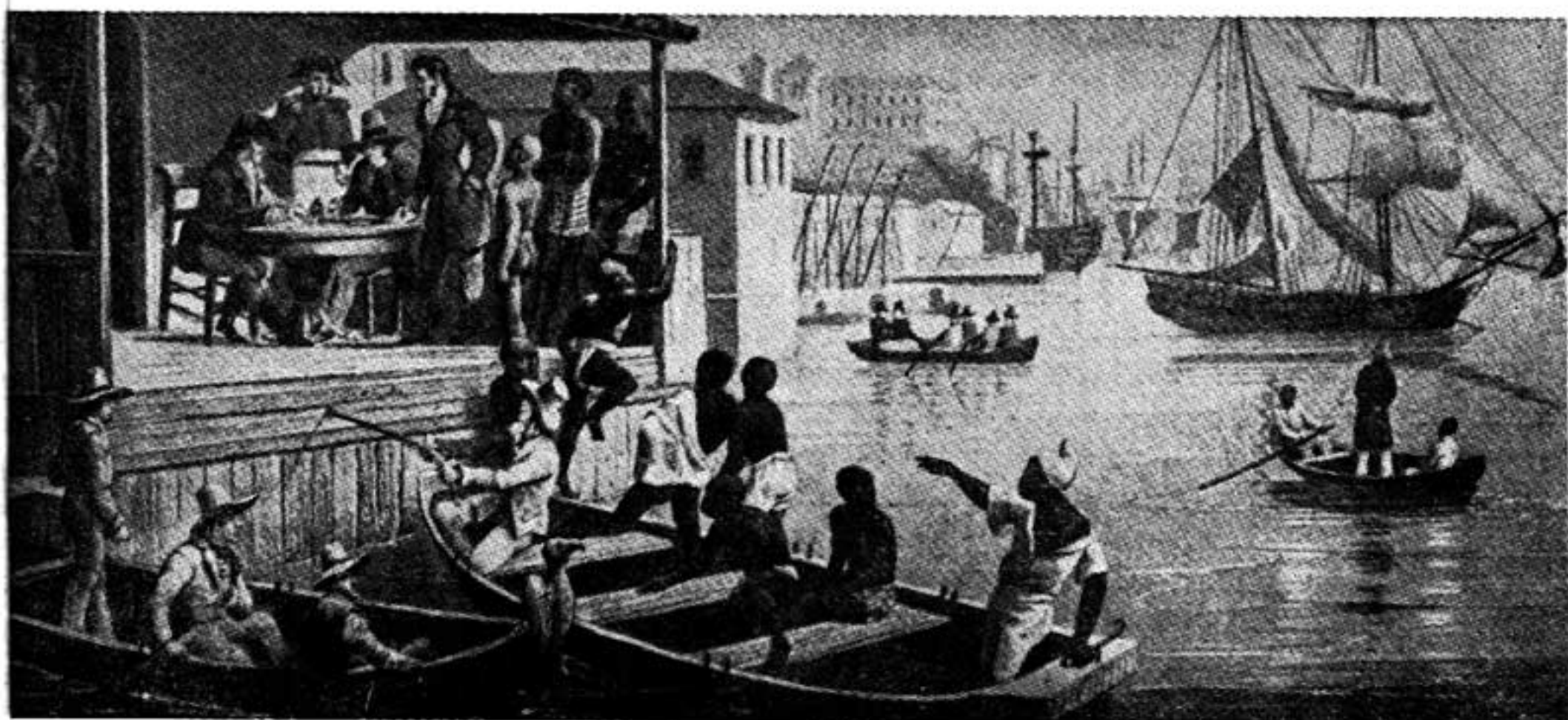
Esta penitensia era tan frecuente q^e. no pasaba semana en q^e. no sufriese de este genero de castigo do o tres veces, en el campo tenía siempre igual martirio yo he atribuido mis pequeñez de estatura y la debilidad de mi naturaleza a la amargosa vida q^e. desde trese a catorse años he traido siempre flaco debil y estenuado llebaba en mi semblante la palidez de un combalesiente con tamañas ojeras... (p. 39.)

No hacen falta comentarios; así, si no se mata al cuerpo, se mata al hombre que anda por adentro: eso es lo que interesa al esclavista. Ni hombres ni bestias: objetos. Es fácil imaginar los resultados de estos medios "civilizadores" —ese es el término que se usa ahora. Y aquí está la causa que origina esa actitud pasiva, de aceptar como tal la realidad dada, sin conciencia por parte del sujeto de que ésta puede ser modificada, que indicábamos antes como característica en Manzano: a golpes se ha matado cualquier inicio de actitud crítica; y hay que aclarar términos: "matado" es, en verdad, matado temporalmente; si se prefiere, ocultado. Fuerza persuasiva del látigo, esa conciencia crítica propia del sujeto queda detenida —y sólo en forma transitoria— por "eso": el amo vuelto látigo, encarnación del miedo.

Con los pueblos pasa lo mismo: creen matarlos, pero la vida empieza a correr de modo subterráneo hasta aflorar, al fin, en forma tumultuosa. Hay un proceso lento —que en Manzano, como sujeto, no llegó a cumplirse, por causas objetivas—, durante el cual esa falta de conciencia va transformándose hasta ser conciencia plena de sí y de sus necesidades: allí están Cuba y Viet Nam y Argelia como ejemplos. Léase a Fanon: "Los Condenados de la Tierra", y se verá claro este proceso. Y esto va, sobre todo, a esa ralea de "jovencitos" (merecen otro nombre, pero no puede decirse) que escriben y cavan, al mismo tiempo, sus propias tumbas, sin enterarse —lo que quiere decir, sin tener conciencia—, de en qué parte del mundo y en qué tiempo están sus delicados cuerpos colocados.

Cuando yo tenía dose años ya abia compuesto muchas desimas de memorias causa p^r. q^e. mis padrinos no querian q^e. apdrendiese a escribir pero yo las dictaba de memorias en particular a una joven morena llamada Serafina cuyas cartas en desimas mantenian una correspondencia amorosa... (p. 38.)

Éstos fueron los primeros tanteos de Juan Francisco en el mundo poético, un mundo corroído y doliente, lacerante, así de amargo como para hundir a cualquiera y más a un niño: ".....desde la edad de tres a catorse años la alegría y viveza de mi genio lo parlero de mis lavios llamados pico de oro se trocó todo en sierta melancolía q^e. se me iso con el tiempo característica. . ." Náufrago, se aferró a lo único que podía, más o menos, salvarlo del oleaje: las escasas y muy limitadas formas expresivas que tuvo a su alcance. También por sí solo aprendió a dibujar, y la música "me embelesaba pero sin saber p^r. q^e. lloraba y gustaba de tal consuelo



cuando allaba ocasión de llorar q^e. siempre buscaba la soledad p^a. dar larga rienda a mis pesares, lloraba pero no gemía ni se me añudaba el corazón sino en cierto estado de abatimiento incurable hasta el día”.

Así se hizo su obra: de miedos; como hecha así, hay que juzgarla. Su valor crece. En medio de su tanto y tan golpeado trajinar, se abría tiempo para

...componer algunos versos de memoria y todos eran siempre tristes los cuales no escribía p^r. ignorar este ramo p^r. esto siempre tenía un cuaderno de versos en la memoria y a cualquier cosa improvisaba supo mi señora q^e. yo charlaba mucho p^r. q^e. los criados viejos de mi casa me rodeaban cuando estaba de umor y gustaban oír tantas desimas q^e. no eran ni divinas ni amorosas como propio producto de la ignosencia...; como p^a. estudiar mis cosas q^e. yo componía p^r. carecer de escritura hablaba solo asiendo gestos y afecciones segun la naturaleza de la composición desian q^e. era tal el flujo de hablar q^e. p^r. hablar hablaba con la mesa con el cuadro con la pared &. yo a nadie desía lo q^e. traía conmigo y solo cuando me podía juntar con los niños les desía muchos versos y le cantaba cuentos de encantamientos q^e. yo componía de memorias en el resto de el día con su cantar-sito todo conserniente a la aflictiva imagen de mi corazón... (p. 41.)

Al enterarse la marquesa, quiso aislarlo —“se dio orden espresa en casa q^e. nadie me hablase”—. La estupidez de siempre: la voz del hombre puede ser llamada, pero nunca silenciada. Igual la de los pueblos. El canto melancólico —y hasta quejumbroso, si se quiere— de Manzano, bien pronto devendría, en otras bocas, en himno de batalla, en grito de cólera. Eso es lo importante. Al actuar como lo hizo, la marquesa fue fiel a su sentido de clase: en Manzano ya había algo que lo diferenciaba del mero “objeto” que, para ella, debía de ser: ese algo era su voz, y había que apagarla. No importaba el que fuera tímida y asustada, débil hasta dolerse de sí misma: cuando un “objeto” empieza a hablar, es porque está ya dejando de serlo. Y de esto a la tempestad, sólo hay un paso.

En 1818, fue a La Habana al servicio de Dn. Nicolás de Cárdenas y Manzano —“que me quería no como a esclavo sino como a hijo”— y allí, no sólo mejoró, durante el tiempo que con él estuvo, su muy deteriorado estado físico, sino, también, fue allí donde se inició, como él dice, “a darse estudios”. Atrás quedaba la buena Trinidad de Zayas con su Catecismo al lado y, suponemos, algunos rudimentos de lectura que quedaron en Manzano. Ahora, de la biblioteca de Dn. Nicolás de Cárdenas:

...tomaba sus libros de retorica me ponía mi lección de memoria la aprendía como el papagallo y ya creía yo q^e. sabía algo pero conosía el poco fruto q^e. sacaba de aquello pues nunca abía ocasion de aser uso de ello, entonses determine darme otro mas util q^e. fue el de aprender a escribir... (p. 57.)

Esto, sin embargo, le presentó un problema: no sabía por dónde empezar; pese a esto, ya decidido a saltar obstáculos, compró plumas y papel muy fino, y:

... con algun pedaso de los q^e. mi señor botaba de papel escrito de su letra lo metia entre llana y llana con el fin de acostumbrar el pulso a formar letras iba siguiendo la forma q^e. de la q^e. tenia debajo con esta imbension antes de un mes ya asia renglones logrando la forma de letra de mi señor...

De cinco a diez, concluidos los trabajos del día, se entregaba Manzano a esta tarea, llegando así a "imitar las letras mas ermosas y llegue a tenerla entonses q^e. mas paresian gravadas q^e. de pluma"; lo supo Dn. Nicolás de Cárdenas y, cuando menos esta vez sin látigo, le impuso "dejase aquel entretenimiento como nada correspondiente a mi clase". La prohibición fue, sin embargo, totalmente incumplida: no bien se acostaban todos en la casa, "ensendia mi cabito de bela y me desquitaba a mi gusto copiando las mas bonitas letrillas de Arriaza a quien imitando siempre me figuraba q^e. con pareserme a él ya era poeta y sabia aser versos..."

Tres años "disfrutó" —si es que puede emplearse esta palabra—, de un relativo "ser hombre": ese fue el tiempo que estuvo en casa de Dn. Nicolás de Cárdenas. En su estadía allí, cesaron, cuando menos, las golpizas. Luego volvió a manos —a látigos, podría decirse— de la marquesa de Prado Ameno: sin muchas variantes volvió a repetirse lo ya sabido, a caminar los mismos pasos. Una espalda empapada de sangre, y un látigo sobre la espalda, y la fuga, una noche de miedos, en que ésa fue la única salida.

Toda su vida —y en cada página el fuele está como algo concreto, personificado casi para decírnoslo—, fue un estar muriendo lentamente a diario. No pudo objetivar todo lo que le andaba por adentro. Su mundo poético es informe, indeciso; en lo social, no llegó a concretar posición firme. Ni fue su culpa, ni su obra puede juzgarse con criterio de beata de campanario. Una vez conocidas sus limitaciones, su obra tiene hallazgos, encuentros felices, que sorprenden: su soneto "Mis treinta años" lo confirma; hay en él rigor y fuerza, y altura sostenida. Su poesía —como dice Max Henríquez Ureña— no pasa "de balbuceos más o menos felices... y no otra cosa puede decirse de su ensayo dramático *Zafira*..."¹⁸ Punto y aparte es la *Autobiografía*: trozo de su espalda macerada y fiel reflejo de una sociedad vacía.

Una vez le salió el tigre a Manzano; una vez se volvió todo furia y rencor hasta morder su sangre: cuando un mayoral golpeó a su madre. Aullido, y no otra cosa, fue lo que le salió a Manzano en ese día. La historia: volvía en la parte posterior del carruaje de la marquesa de Prado Ameno, en altas horas nocturnas, luego de una tertulia (thes canastas se llaman ahora, y en ellos no ha cambiado nada) a las que su señora era muy aficionada, cuando, vencido por el sueño, se le cayó el farol que sostenía en sus manos; bajóse a recogerlo, y, al tratar de alcanzar el carruaje, que había seguido su camino:

... cual fue mi soprpresa al ber q^e... apretó su marcha y en vano me esforsaba yo p^r. alcanarlo y se me desparesio; ya yo sabia lo q^e. me abia de suseder; yorando me fui apie pero cuando llegue serca de la casa de vivienda me allé cojido p^r. (el) joven malloral este conduriendome p^a. el sepo se encontró con mi madre q^e. siguiendo los impulsos de su corazon vino a acabar de solmar mis infortunios ellá al berme quiso preguntarme q^e. abia hecho cuando el malloral imponiendole silencio se lo quiso estorbar sin querer oir ruegos ni suplicas ni dadivas irritado p^r. q^e. le abian hecho lebantar a aquella ora lebanto la mano y dio a mi madre con el manati ¹⁹ este golpe lo sentí yo en mi corazon dar un grito y convertirme de manso cordero en un leon todo fue una cosa me le safe con un fuerte llamon del brazo p^r. donde me llebaba y me le tiré en sima con dientes y manos cuantas patadas manatiazos y de mas golpes q^e. llebé se puede considerar y mi madre y yo fuimos conduidos y puesto en un mismo lugar los dos gemiamos a una... apenas amanesio cuando dos contra mayores y el mayoral nos sacaron llebando cada uno de los morenos su presa al lugar del sacrificio yo sufrí mucho mas de lo mandado p^r.

guapito... , la culpa de mi madre fue q^e. viendo q^e. me tiraba a matar se le tiró en sima y asiendose atender pude ponerme en pie cuando llegando los guardieros del tendal nos codugeron puesta mi madre en el lugar del sacrificio p^r. primera vez en su vida... ; viendo yo a mi madre en este estado suspenso no podia ni yorar ni discurrir ni huir temblaba inter sin pudor lo cuatro negros se apoderaron de ella la arrojaron en tierra p^a. azotarla pedia p^r. Dios p^r. ella todo lo resistí pero al oír estallar el primer fuetazo, combertido en leon en tigre o en la fiera mas animosa estube a pique de perder la vida a manos de el sitado (mayoral)... (p. 44.)

Las cualidades que adornaban (y el pretérito puede suprimirse) a la subespecie animal de la marquesa, están en ese párrafo anterior. De hecho, casi todo fue premeditado: al llegar Manzano a la hacienda, ya el mayoral estaba sobre aviso; el carruaje aumentó su velocidad al tratar él de alcanzarlo. ¿A qué tanta saña? Los albañiles de la conciencia esclavista no son sino eso: albañiles; y allí está la respuesta.

La idea de la fuga —ya alguna vez acariciada—, tomó cuerpo, súbitamente, una tarde en que, después de oír una conversación entre dos criados, vio que la mano del mayoral le andaba cerca, y que con ella venía el látigo y la orden de golpear dada por la marquesa. En ese momento era la única salida, y la siguió, aun sabiendo los riesgos que corría. No se fue, como los cimarrones,²⁰ para el monte, sino camino a la ciudad, a La Habana. Ese mismo día:

...bele hasta mas de las dose aquella noche se recojieron todos temprano p^r. ser noche de invierno y estaba algo lluviosa, ensillé el caballo p^r. primera vez en mi vida pusole el freno pero con tal temblor q^e. no atinaba a derechas con lo q^e. asía acabada esta diligensia me puse de rodillas me encomende a los santos de mi debosion me puse el sombrero y monté cuando iva a andar p^a. retirarme de la casa oi una bos q^e. me dijo Dios te lleva con bien arrea duro yo creia q^e. nadien me beia y todos me ogserbaban pero ninguno se me opuso como lo supe despues mas lo q^e. me ha susedido luego lo beremos en la segunda parte q^e. sigue a esta historia,

segunda parte que, por desgracia, o no llegó a escribirse, o se ha perdido, acaso para siempre.

Su vida, a partir de aquí, se hace difícil de seguir. Lo que se sabe es lo que se dijo en páginas anteriores. De la que pronto será su esposa, en carta del 11 de diciembre de 1834, le dice a del Monte:

Mi Delia es parda libre, hija de blanco, con dies y nuve años de edad, linda como un grano de oro de pies a cabeza no muy arrancada y con buenas ESPERANZAS (con mayúsculas en el original) no sé en q^e. consiste el disparate q^e. se me atribulle pero estando en la plalla es cobardia no embarcarse y yo alla boi. (p. 82.)

Y en otra carta a del Monte, ésta del 25 de febrero del año siguiente, añade:

...cada vez estoi mas prendado de las bellas cualidades que atesora (Delia), mientras toda su familia gruñe y aun motejan su inclinasion, pero se alla tan prendada de pobre poeta q^e. nada existe p^a. ella perfecto sin él (Dios quiera q^e. dure)... (p. 83.)

Estuvo a punto de ser —o fue—, padre: “mi esposa está en sinta de siete meses y ha estado p^a. abortar tres ocasiones de desasosiegos y disgustos orijinados...” (los puntos suspensivos son, aquí, del propio Manzano que, acaso, prefirió, por un exceso de pudor, omitir las causas, fáciles de imaginar de esos desasosiegos.) “Temo tanto como callo”, dice en esa carta del 29 de septiembre, en la que ya está, sin embargo, la idea firme de recuperar su libertad, que en esos días, trajinaba todavía como esclavo aunque con otros amos. “... a ber si pescando la fortuna p^r. un cabello logro un rincon donde trabajando y escriviendo veo naser al fruto de mi amor sin los vaivenes de la suerte...” Del contexto de la carta se desprende que había intrigas, murmuraciones en su contra. En esa misma carta, le dice a del Monte que “me he preparado para aseros una parte de la istoria de

mi vida . . . mañana empesaré a urtar a la noche algunas oras p^a. el efecto". Por esos mismo años, aparece en periódicos y revistas de la isla, buena parte de su obra poética. ¿También en el extranjero? En carta del 11 de diciembre de 1834, le dice a del Monte:

...no puedo pintar smd. la grande sorpresa q^e. me causo, cuando supe por smd. mismo la direcsion q^e. piensa dar a mis pobres rimas, cuando las considero nabe-gando a climas tan distantes p^a. ber la luz publica en el emporio de la ilustrasion europepa donde tantos bates con razon se disputan la primasia . . .

La primera versión extranjera de su obra, por mí conocida, es la que se imprimió en Londres, en 1840, bajo el título de *Poems by a slave in the island of Cuba, recently liberated. Translated from the Spanish by R. R. Madden, M. D., with the history of the Early Life of the Negro Poet, written by himself . . .*, y el mismo año, en París, en el libro de Victor Schoelcher: *Abolition de l'esclavage*, aparecieron varios poemas suyos. ¿Es a la edición de Madden, en cuya elaboración Domingo del Monte tomó parte activa, —y recuérdese que la *Autobiografía* fue escrita por iniciativa del propio del Monte—, a la que se refiere Manzano en esa carta escrita seis años antes? Es posible, pero queda abierta la interrogante.

Luego del proceso de La Escalera, Juan Francisco Manzano se perdió en el silencio: para la poesía y para la vida concluyó su camino en 1845; nueve años más anduvo por el mundo, en los que fueron el silencio y la derrota sus únicos acompañantes. No hay datos para seguir sus huellas, pero lo misterioso que, ante él, se abría en la "urna del destino", eran la oscuridad y la caída. Olvidado por todos, más que dejado de la mano por sus amigos, islote en medio de una sociedad plena de miedo y cobardía, naufragó en el oleaje del mundo envilecido en que le tocó vivir. Catorce años más tarde, el 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes se alzaba en armas contra el gobierno realista español que dominaba la isla, iniciándose, así, el proceso liberador que culminaría en la Cuba de nuestros días.

Sin buscarlo, su lamento terminó en grito, en alarido de su propia entraña que Manzano sacó al aire, desnudando, al mismo tiempo y hasta lo hondo, a una sociedad empantanada y corrupta que aún sobrevive, agonizando. Juan Francisco Manzano habló por muchos, por demasiados que, en estos tiempos de cárceles y asesinatos masivos, viven y mueren como él y, a veces, en peores condiciones todavía. En la misma medida que la mañana de lo humano se avecina, la noche de terrores y masacres del moderno esclavista se hace más sombría. Que no haya sido en vano palpar la espalda macerada de Manzano; que de algo sirva el habernos asomado a su larga agonía: al menos, para saber —porque estas son cosas que siempre se prefiere tener como ignoradas—, que el látigo y el miedo y el mayoral y el hambre, se alzan todavía sobre el mundo, y que saberlo y no hacer nada para que de ello no quede ni su sombra en la tierra, tiene un nombre: cobardía.



¹ José Agustín Caballero: 'Endefensa del esclavo', en *Escritos vario de . . .* tomo 1, La Habana, Editorial de la Universidad de La Habana, 1956, p. 3 y ss. No es este lugar para juzgar al padre Caballero; su actitud titubeante y ambigua es reflejo del medio en que actúa. Nacido en 1762 y muerto en 1835, le toca vivir el periodo de iniciación que transformaría a Cuba de simple factoría o estación de paso para las naves españolas rumbo a Tierra Firme, en rica

colonia productora de azúcar. Su labor fue de las más arduas: enseñar a abrir caminos; a la generación siguiente tocó hacerlo, integrándose con ella el concepto de "cubanidad", esto es, el de adquirir conciencia de ser "algo", como nación, distinto a España. Pese, pues, a la ligereza con que aquí pueda aparecer tratada la obra del presbítero Caballero, la suya fue labor de las que calan hondo. Su artículo además es el primero que aparece públicamente en defensa, por muy tibia que haya sido, del esclavo.

² José Antonio Portuondo: *Bosquejo histórico de las letras cubanas*, La Habana, Editora del Ministerio de Educación, 1962, p. 15.

³ José Agustín Caballero, Ob. cit, p. 4.

⁴ Gerardo Brown: *Cuba colonial*, La Habana, Jesús Montoro, editor, 1952, p. 18.

⁵ José Agustín Caballero, ob. cit., p. 4.

⁶ *Idem*, p. 7.

⁷ Juan Francisco Manzano: *Autobiografía, cartas y versos*. Estudio preliminar por José L. Franco. La Habana, Ediciones del Municipio de La Habana, 1937. Cuadernos de Historia Habanera, núm. 8. Es ésta la única edición en español de la obra. Su tragedia *Záfira* ha sido reeditada en años recientes; su obra poética, en cambio, no está aún recopilada: por este motivo no nos ocupamos de ella en el presente trabajo. En todos los casos, se ha respetado la ortografía y sintáxis del original. Todas las citas entrecomilladas, salvo indicación contraria, deberá entenderse que corresponden a la *Autobiografía*; entre paréntesis, irá el número de página correspondiente a la edición arriba citada.

⁸ Se habla de un segundo cuaderno de poesías publicado por Manzano en 1930: *Flores pasajeras*, pero esto no ha podido comprobarse.

⁹ Domingo del Monte y Aponte (1804-1853), ocupó sitio de gran importancia en la vida intelectual cubana de su época, como impulsor y orientador de la cultura. La tertulia literaria que, a partir de 1836 y hasta 1843 en que abandona Cuba, fue célebre. "Raro fue el escritor o poeta de esa generación que no recibió orientación y estímulo" de él. (Véase: Max Henríquez Ureña: *Panorama histórico de la literatura cubana*, Puerto Rico, Ediciones Mirador, 1963, t. I, p. 153 y ss. Para una ojeada de conjunto al campo intelectual de la época, véase también: Raimundo Lazo: *La literatura cubana*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1965. Manuales Universitarios. Textos de la Escuela de Verano, p. 45 y ss.

Ignacio Valdés Machuca (1792-1851), poeta neoclásico de escasa importancia; se le recuerda, aparte de su intervención en el rescate de Manzano, por ser su libro *Ocios poéticos* (1819) "el primer libro de versos publicado en Cuba por un autor cubano". (Henríquez Ureña, ob. cit., p. 162.)

¹⁰ Una denuncia que nunca llegó a comprobarse, en el sentido de que se preparaba un alzamiento de los esclavos, dio origen a la represión y masacre conocida como conspiración de La Escalera. Sobre esto, puede consultarse el libro de Vidal Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*, tomo I, Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963, p. 277 y ss.

¹¹ A riesgo de extender demasiado esta nota, vale reproducir, como muestra del "servicio médico" que se brindaba a los esclavos en las haciendas, el siguiente fragmento que Anselmo Suárez y Romero, describe en su novela *Francisco. El ingenio o las delicias del campo*. Llevado el protagonista —Francisco— a la enfermería, luego de recibir una feroz golpiza, tumbado en el camastro, se le acerca el "facultativo" y:

—¡Eh, taita! —le preguntó a Francisco tocándole con el bastón—, ¿qué tiene usted? ¿La barriga, el costado, la cintura, qué le duele? Hable, vamos, que ahorita lo pondré bueno. Dígame, ¿ha evacuado?

—Señor, se me desvaneció la cabeza en el campo.

—¿Desvanecimiento de cabeza? Alguna juma. Taita, ésas son borracheras. A ver la boca.

—Niño, yo no bebo ninguna clase de bebida.

—Abra, ábrala bien; no venga con canonigadas. Hombre, no, no ha bebido; ¿qué diablos tuvo, maestro? Desvanecimiento, desvanecimiento de cabeza. ¿Qué será esto? ¿Debilidad un mocetón? Es imposible. ¿Por los azotes? Menos. Está muy robusto. Pues seguramente que tiene sucio el estómago. Saque la lengua. ¡Puf! Sucísima, sucísima. María, mañana, al canto del gallo, un vomitivo de Le-Roy (medicina muy popular en la época; era un purgante muy violento), y pasado, un purgante; y lo pondremos más limpio que una taza de oro. Yo no sé qué diablos tiene la carne prieta para recoger malos humores; todas las enfermedades de los malditos provienen de la sorosidad acre; evácuelos usted, límpielos por dentro con

sus purgantes y vomipurgantes, y, como con la mano, fuera enfermedades. Taita, no se aflija; de aquí a dos días me dará las gracias. Y tú, María, ¿le has quemado a Juan la pata con la piedra infernal?"..." (Suárez y Romero, ob. cit., La Habana, publicaciones del Ministerio de Educación, 1947, p. 68) Y médicos de esta clase eran los que abundaban. Se entenderá así, la "curación superficial" de que fue objeto Manzano en aquella ocasión.

¹² Fernando Ortiz. *Hampa afrocubana: los negros esclavos*, La Habana, 1916, p. 245 y ss.

¹³ La "cáscara de vaca" era un látigo de mango corto al cual se unía una trailla hecha comúnmente con finas tiras de cuero, la que solía rematar en una pajuela de cáñamo, para que pudiera rajar las carnes del azotado (Ortiz, ob. cit., p. 247).

¹⁴ Ortiz, ob. cit., p. 245.

¹⁵ Anselmo Suárez y Romero, ob. cit., p. 162.

¹⁶ Jean Paul Sartre: "Prefacio" a *Los condenados de la Tierra* de Frantz Fanon, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 15.

¹⁷ Doña Beatriz de Jústiz y Zayas (1733-c.1807); en 1751 casó con su primo don Manuel José Aparicio de Manzano y Jústiz, marqués de Jústiz de Santa Ana, formando una de las principales familias de La Habana. Fue autora del *Memorial a Carlos III*, de 25 de agosto de 1762, "donde las mujeres habaneras enviaban su protesta por la capitulación de la plaza de La Habana ante la escuadra inglesa. Escribió, igualmente, la *Dolorosa métrica espresion del sitio y entrega de la Havana, dirigida a N. C. Monarca el Sr. Tercero (sic) qe. Gue...*, que no es sino, con algunas variantes, la versificación del *Memorial* arriba citado. (El texto de la *Dolorosa métrica...* en: José Lezama Lima: *Antología de la poesía cubana*, tomo 1, Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965, p. 155 y ss.

¹⁸ Max Henríquez Ureña: *Panorama histórico de la literatura cubana* t. I, p. 184.

¹⁹ Manati. Instrumento de azotar que se hacía con la piel del animal que lleva el mismo nombre, y el cual fue prohibido, al menos por la ley, años más tarde de los sucesos que narra Manzano, por las peligrosas contusiones que causaba.

²⁰ Se les daba el nombre de "cimarrones" a los esclavos que, escapando de la hacienda, se refugiaban en la espesura de los montes, formando allí, "palenques", o agrupaciones de negros escapados, para su defensa y trabajo en común. Inútil decir, lo que les sucedía si alguno de ellos era capturado por sus antiguos amos.

